

# Los años salvajes de Moby

El músico publica 'Porcelain', sus apasionantes memorias en el Nueva York más sucio y peligroso de finales del siglo XX. Retirado de las giras, quiere seguir escribiendo

DIEGO A. MANRIQUE, Madrid  
Desde su casa de Los Ángeles, Moby atiende amablemente mientras ruge una licuadora: "Disculpa; estaba haciéndome el desayuno". La tarea de hoy consiste en publicitar su *Porcelain*, autobiografía ahora traducida al español por la editorial Sexto Piso. Suma sus vivencias entre 1989 y 1999, justo antes del impacto mundial de *Play*, álbum que despachó 10 millones de copias y se hizo omnipresente, gracias a la combinación de rotundas voces negras y electrónica sedosa.

¿Cree que su música ha envejecido bien? Era tan ubicua que se transformó en sonido ambiental: la discográfica optó por licenciarla para su uso intensivo en publicidad, cine, series... "Fue una solución de último recurso. Pensaban que no tendría hueco en la radio comercial y decidimos ir directamente al oyente. Aquello terminó en saturación pero implantó mi nombre. Como practicaba otros tipos de música, no me consideré atado a esa fórmula".

"Chocaba con intolerantes como Aphex Twin, que me criticaba por tocar guitarra eléctrica en directo". Suspira y sigue: "Viví en una fábrica ocupada donde ensayaba un grupo *hardcore* y otro de *metal*; yo tocaba en ambos. Eran años en que salían discos extraordinarios de Sepultura y Pantera pero también de *hip hop*. Y te sentías influenciado por todo eso a la vez. No era bueno rapeando pero sí con la guitarra".

Su formación musical se completó trabajando como *dj* en Manhattan. "Me gustaba en discos casi todo lo que ganaba: los *maxis* eran carísimos. No me quedaba dinero ni para taxis, así que iba y volvía al club tirando



Moby, en una actuación en Los Ángeles el pasado agosto. / MATT WINKELMEYER (GETTY IMAGES)

de una patineta, donde cargaba mis vinilos. Debía parecer tan chiflado que los *yonquis* pensaban que no valía la pena asaltar-me", recuerda.

## El artista ascético

De alguna manera, *Porcelain* es una oda al Nueva York más sucio y peligroso, antes de la llegada a la alcaldía del republicano Rudolph Giuliani en 1994. "La ciudad acogía a los artistas: por ser músico, conseguí alquilar un *loft* por 500 dólares al mes. Era muy ascético, no consumía ni alcohol ni drogas, todo lo invertía en discos y en equipos para ha-

cer música. Resulta que comencé a ganar dinero justo cuando empezaba el aburguesamiento de Manhattan, que expulsó a la bohemia".

Para entonces, el espíritu comunitario de las *raves* ya se había resquebrajado. "Recuerdo ir a una de las discotecas punteras y encontrarme con el público sentado en la pista. Gente guapa que no reaccionaba ante la música: estaban hasta arriba de ketamina. ¿Qué sentido tiene juntarse para tomar un anestésico?".

*Porcelain* podría pasar por un relato iniciático. El Moby que nos llegaba a través de los medios parecía pura ficción: un

cristiano militante, que valoraba la castidad; vegano y abstemio, luchaba por los derechos de los animales. El libro aclara que esos eran los ideales a los que aspiraba, inevitablemente torpedeados por las tentaciones de su oficio. Confiesa: "Tal vez elegí la profesión equivocada para mi perfeccionamiento espiritual. Además, si vas de sobrio, la gente se empeña en demostrarte lo equivocado de tu planteamiento. Y caes".

Desde su actual altura, Moby puede relatar con humor las indignidades sufridas por una estrella de la segunda división de la *dance music*: aviones *chárter*,

## El deber cívico de contar la verdad

Como descendiente de Herman Melville, el autor de *Moby Dick*, sabía que su libro sería examinado con lupa: "He leído las autobiografías de Bob Dylan y otros. Están bien pero yo prefería ser totalmente sincero. Me ayudaron más los diarios de un novelista, John Cheever: tres décadas de su vida y no ocultó nada. Si vas a dedicar equis meses a escribir, con la esperanza de que alguien use las horas que sean para leer tu libro, debes contar la verdad. Es un deber cívico, sobre todo en la era de Donald Trump".

Aquí se debe insertar una anécdota escabrosa. En sus años de fama, cuando Moby ya bebía alcohol, él y sus amigos desarrollaron un juego *gamberro*: consistía en sacarse discretamente el pene en reuniones sociales y conectar con el cuerpo de personajes que detestaban, sin que se dieran cuenta. ¿Podemos confirmar que Moby bautizó así a Trump? Risa: "Déjame consultarlo con mi abogado".

alojamientos miserables, promotores flipados. Pero también presta minuciosa atención al proceso de creación de sus temas: "Me alegra que lo aprecies. Inicialmente, no quería hacer un libro para especialistas en música. En la editorial, sin embargo, me dijeron que echaban de menos esos detalles. Cuando llevas muchos años encerrándote en tu estudio, terminas pensando que es una actividad tan banal como la de un relojero o un zapatero. Hasta que te das cuenta de que los horarios, los métodos, los objetivos, todo es diferente". Ahora quiere seguir escribiendo.

## EL DISCO DE LA SEMANA

# Esta guitarra aburre a fascistas

NEIL YOUNG

*Peace Trail*.  
Sello: Reprise-Warner.  
Calificación: 7 sobre 10.

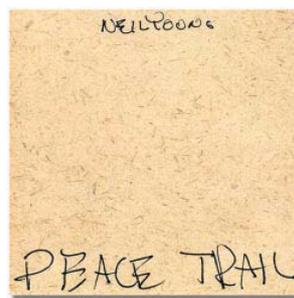
IGNACIO JULIÁ  
Siempre se asocia a la madurez una cierta desorientación, un frenesí quizás debido a la inminencia de la decrepitud. Aplicar tal noción a Neil Young (Toronto, 1945) sería incierto además de injusto: su carácter impulsivo y profético se fraguó en una trayectoria imprevisible, de giros bruscos y espantadas variadas. En los últimos tiempos hubo excéntricas colecciones de versiones —*Americana* (2012) y *A Letter Home* (2014)—, la embelesada carta de amor a su

nueva compañera que redactó *Storytone* (2014) o la operación contra las corporaciones agrícolas del mediocre *The Monsanto Years* (2015). Además, publicó dos volúmenes memorialistas un tanto desconcertantes, y su quimérica lucha por la calidad del sonido digital ha sido ignorada.

Pero en este método de prueba y error se dan ocasionales aciertos: *Le Noise* (2010) plasma un logrado experimento acústico; las exploraciones en la electricidad y la nostalgia de *Psychedelic Pill* (2012) sedimentaron como testamento de su orgánica relación con los finiquitados *Crazy Horse*; y el reciente doble en vivo *Earth*, donde fusiona su reperto-

rio con sonidos de la naturaleza en un alegato ecologista entre ingenuo y monumental, documenta actuaciones enérgicas. Sus contemporáneos se acomodan en giras de autobombo, pero Young sigue adelante, los sentidos alerta, el ánimo imbatible. No le importa que el precio a pagar sea el enfado de sus fans o el desprecio de la crítica. El artista verdadero sabe que los aplausos recortan tu vuelo y la entronización te criogeniza en vida. De ahí, la pésima acogida que está teniendo *Peace Trail*, su grabación menos constreñida en mucho tiempo: su guitarra eléctrica reluce elocuente, la armónica suena enojada y herrumbrosa.

El aliento de ultrajada denuncia —se opone a la construcción de un oleoducto que atraviesa una reserva india— no deviene aquí tan principal como sus bramidos contra Bush y la interven-



ción en Irak. Se acusa a *Peace Trail* de falta de elaboración e ideas, de recalentar acordes y tonadas, pero en esa dejadez reside su atractivo. Grabado en cuatro días con el batería Jim Keltner, maestro del fundamento sin exhibicionismos, y el bajista Paul Bushnell, el nuevo alegato del anciano *hippy* que no quiere callarse desprende un contagioso natura-

lismo, recordándonos que siempre reaccionó a los éxitos con enormes despropósitos o registros desgastados. *Peace Trail* no es el memorable *On the Beach* (1974), pero alberga momentos de enjundia: el tema titular sin ir más lejos, la sinuosa *Indian Givers* o el fatídico relato *John Oaks*, también las baladas *Show me y My pledge*, inconfundibles. Y conserva un perverso sentido del humor en *Terrorist Suicide Hang Gliders* o la broma tecnológica *My New Robot*.

Vale, parece el anciano que protesta por asuntos que otros más jóvenes dan por sabidos. Sus exabruptos suenan a monserga del resabiado brujo de la tribu, pero esa actividad —la explica en *Can't Stop Workin'*— es ejemplo moral en estos tiempos de corrupción generalizada y malos presagios. No quiero imaginar lo que estará tramando contra Trump.